

Las lenguas inventadas de J. R. R. Tolkien: consecuencias del “Arte Nuevo” o del “Nuevo Juego”

Leticia Gándara Fernández
Universidad de Extremadura
leticiagf@unex.es

Resumen

J. R. R. Tolkien (1892-1973) es conocido sobre todo por sus obras literarias, especialmente por *El hobbit* y *El señor de los anillos*. Estas han sido objeto de estudio por parte de disciplinas dispares como la filosofía, la psicología, la teología o la literatura. Sin embargo, hasta hace unos años apenas existían trabajos científicos sobre las lenguas artificiales que propiciaron la aparición de estos relatos. En este trabajo, se estudia la afición de Tolkien por las lenguas y su labor como inventor de sistemas lingüísticos artificiales. En segundo lugar, mostramos cómo este autor mantuvo su actividad como creador de lenguas en secreto y cómo reveló este escondido oficio ante una audiencia de eruditos y filólogos. Finalmente, se destacan algunos de los principios de su invención lingüística y cómo influye en esta el contexto académico de principios del siglo XX. Este estudio nos permite concluir que estos diseños lingüísticos, con sus reglas y excepciones, representan el espejo en el que se reflejan las cambiantes ideas lingüísticas de un apasionado del lenguaje.

Palabras claves: J. R. R. Tolkien, lenguas artificiales, invención lingüística, *El señor de los anillos*.

Abstract

J. R. R. Tolkien (1892-1973) is best known for his literary works, especially for *The Hobbit* and *The Lord of the Rings*. These have been objects of studies by some disciplines such as philosophy, psychology, theology or literature. However, until a few years ago there were hardly any scientific works on the artificial languages that led to the appearance of these stories. This paper studies Tolkien's love for languages and his work as inventor of artificial linguistic systems. Secondly, we show how this author maintained his activity as a creator of languages in secret and how he revealed this hidden office before an audience of scholars and philologists. Finally, this analyzes some of the principles of his linguistic invention and how influences the academic context of the early twentieth century. This study allows us to conclude that these linguistic designs, with their rules and exceptions, represent the mirror in which the changing linguistic ideas of a passionate of language are reflected.

Keywords: J. R. R. Tolkien, artificial languages, linguistic invention, *The Lord of the Rings*.

1. J. R. R. Tolkien: un apasionado del lenguaje

John Ronald Reuel Tolkien (1892-1973), distinguido filólogo y lingüista, fue profesor en las universidades de Leeds (1920-1925) y Oxford (1925-1959), sucesivamente. En esta última, ocupó las cátedras de Rawlinson y Bosworth en la enseñanza de anglosajón. De su labor como filólogo, destacamos su colaboración en la elaboración del *Oxford English Dictionary*, concretamente en el estudio histórico y etimológico de las palabras de origen germánico en la sección de la *W*. En sus últimos años, fue nombrado *Doctor Honoris Causa* por varias universidades, vicepresidente de la *Philological Society* y miembro de la *Royal Society of Literature* (cfr. Carpenter 2002).

Aparte de su reconocida labor en el campo filológico, Tolkien fue uno de los autores más importantes del siglo XX. Considerado el “padre” de la literatura fantástica por los estudiosos de este género, consiguió revolucionar el panorama literario de habla inglesa con la publicación de *El hobbit* y *El señor de los anillos* (1954-1955). Sin embargo, algunos célebres críticos como Esteban Pujals, autor de *Historia de la literatura inglesa* (1988), no mencionan la obra de Tolkien en sus estudios (Kulermann 2012: 567).

En sus novelas, Tolkien recrea un universo mitológico plagado de hombres, orcos, enanos, elfos y otras criaturas singulares que habitan y deambulan por lugares desconocidos e insólitos. Para ello, el filólogo recurre a un vasto telón de fondo de narraciones míticas desarrolladas durante un período de más de treinta años (Fimi y Higgins 2016: xi). Su excelente prosa y su capacidad de imaginación portentosa permiten al lector sumergirse en un mundo de fantasía que, sin embargo, guarda estrecha relación con nuestro mundo real (Kulermann 2012: 567). Pues, como señala Day (2003: 6), “en la Tierra Media, Tolkien no crea un mundo imaginario, sino una historia imaginaria de nuestro propio mundo”¹.

El origen de la mitología tolkieniana se encuentra en el poema “El viaje de Eärendil”, compuesto por Tolkien en el verano de 1914. Entre los años 1916 y 1917, el profesor escribió una serie de leyendas que constituyeron la principal fuente de inspiración para el resto de sus relatos. Estas se recogen en *El libro de los cuentos perdidos* y conforman los dos primeros volúmenes, editados por Christopher Tolkien en 1983 y 1984, respectivamente. Tolkien exploró de nuevo esta mitología en una de sus novelas más conocidas, *El hobbit*; un relato que tardó más de diez años en escribir y cuya pretensión no fue otra que la de recopilar historias con las que divertir a sus hijos². De forma azarosa, el manuscrito llegó a la editorial George Allen & Unwin, quien pidió al autor que culminara la obra para su publicación. Los éxitos cosechados por *El hobbit* llevaron a Tolkien a escribir la que fue su obra cumbre, *El señor de los anillos*, en la que recreó todo un ciclo mitológico, desarrollado en la serie de relatos, cuentos y leyendas que conforman *El Silmarillion*, editado y publicado póstumamente en 1977 por su hijo Christopher.

El señor de los anillos fue una continuación de *El hobbit*. Sin embargo, la primera se convirtió en su obra de mayor alcance; en esta el filólogo hace gala de una imaginación ingeniosa y de un peculiar estilo para contar historias. Sumergirse en la lectura de esta obra implica ser el fiel compañero de un *hobbit* en un fascinante viaje para destruir un *anillo* mágico. Este no solo juega un papel esencial en el desarrollo de la acción, sino que exhibe uno de los ejes centrales de la obra; pues en él aparece una inscripción en

élfico, que representa los dos últimos versos de una estrofa muy conocida en la tradición de los elfos:

Tres Anillos para los Reyes Elfos bajo el cielo.
Siete para los Señores Enanos en palacios de piedra.
Nueve para los Hombres Mortales condenados a morir.
Uno para el Señor Oscuro, sobre el trono oscuro
en la Tierra de Mordor donde se extienden las Sombras.
Un Anillo para gobernarlos a todos.
Un Anillo para encontrarlos,
*un Anillo para atraerlos a todos y atarlos a las tinieblas
en la Tierra de Mordor donde se extienden las Sombras*
[La cursiva es de la autora]

(Tolkien 1977: 77)

La inscripción del *anillo* ilustra la importancia del lenguaje en la producción literaria de Tolkien. Este grabado se encuentra en antiguos caracteres élficos, pero representa oraciones en la lengua negra de Mordor. De este modo, Tolkien introduce en el elemento desencadenante de la trama un intencionado juego lingüístico en forma de antítesis, pues en el contexto literario en el que se desarrollan ambas lenguas, se advierte cómo estas son fonéticamente incompatibles al estar sustentadas por culturas ficticias opuestas. En su *legendarium*, los elfos son criaturas idealizadas, asociadas a la belleza, la gracia, la música y el bosque (Shippey 2000: 229); por el contrario, los orcos se muestran como seres colmados de malicia, que descuidan y corrompen las lenguas, deformando a su antojo palabras y expresiones del *oestron* o lengua común (en inglés, *westron*) (Tolkien 1987: 161-162). En suma, la inclusión de dos lenguas inventadas distintas en un único grabado constituye un buen ejemplo de la importancia que adquieren las creaciones lingüísticas de este autor en su producción literaria. Este y otros guiños lingüísticos, además de los propios comentarios del filólogo sobre el desarrollo de sus lenguas en sus cartas y ensayos, evidencian la consistencia de su invención lingüística (Flieger 2002: 75). Al estudio de esta última dedicamos las siguientes páginas de este trabajo.

2. La revelación de un vicio secreto

Tan difícil como esbozar un mundo imaginario es elaborar una lengua ficticia. Tolkien fue el primer autor que desarrolló la gramática y el léxico de varias lenguas inventadas para un contexto de ficción. Sin embargo, sus obras literarias eclipsaron por completo sus contribuciones a la historia de los sistemas lingüísticos artificiales. De hecho, las primeras han sido de objeto de un mayor número de estudios provenientes de disciplinas dispares como la filosofía, la psicología, la teología o la literatura. Sin embargo, hasta hace unas décadas apenas existían análisis semióticos sobre sus creaciones lingüísticas. Un hecho sorprendente si tenemos en cuenta la importancia que las lenguas tienen en la vida y obra de este autor:

Para Tolkien, el estudio de la lengua, la comunicación y el lenguaje fueron los ejes centrales de su obra –y de toda su vida–. Los estudios “tolkienianos” no pueden separarse de esta corriente, en especial la afición del profesor por la creación de lenguas artificiales (Olivera 2015: 53).

Como filólogo, Tolkien sentía una gran admiración por las lenguas. Desde su niñez, su madre, que mostró cierto interés por la etimología, le inició al estudio del latín, el francés y el alemán (Tolkien 1993). En el colegio fue paulatinamente aprendiendo otras lenguas como el griego, el inglés medio y antiguo, el nórdico antiguo, y el gótico³. Aparte de estas, Tolkien también tenía conocimientos de ruso, sueco, danés, noruego y holandés. Aunque, como el propio autor refiere en sus cartas, las lenguas por las que él sentía una mayor devoción eran el galés y el finlandés⁴. Ambas constituyen fuentes de inspiración para la invención de las lenguas élficas.

El gusto de Tolkien por la invención lingüística (y por las lenguas en general) se refleja en las historias que conforman la Tierra Media. Sin embargo, aunque este dedicó parte de su vida al diseño de lenguas, intentó (sin éxito) mantener esta actividad en secreto. De hecho, siempre evitaba hablar en público de su labor como *conlanger*. Y aunque Tolkien cultivó este “pasatiempo”⁵ desde su infancia, no será hasta la celebración de un congreso de *esperanto* cerca de los años treinta en Oxford cuando se pronuncie sobre este asunto:

Como filólogo, y como cualquier filólogo debería hacerlo, me intereso por el movimiento de la lengua internacional, como fenómeno lingüístico importante y de interés, y siento simpatía por las pretensiones del esperanto en particular. No soy, de hecho, un esperantista, como en mi opinión debería serlo quien da un consejo al respecto, al menos hasta cierto punto. No puedo escribir ni hablar en esa lengua. La conozco, como diría un filólogo, por cuanto 25 años atrás aprendí su gramática y estructura, y no las he olvidado, y en un tiempo leí bastante material escrito en ella [...]. En conjunto, el esperanto me parece indudablemente superior a todos sus competidores actuales, pero creo que su principal apoyo reside en el hecho de que ya haya ganado el primer lugar, la mayor amplitud de aceptación práctica, y de que haya desarrollado la organización más avanzada. [...] una vez obtenido un cierto grado de simplicidad, internacionalidad, y (yo añadiría) individualidad y eufonía (que el esperanto ciertamente alcanza y supera) me parece obvio que el problema más importante a resolver por una futura lengua internacional es la propagación universal. Un instrumento inferior que tenga oportunidad de lograr esto será teóricamente cien veces más perfecto (Tolkien 2001, cit. en Olivera 2015: 53).

Tolkien se declara conocedor del *esperanto* en un momento en el que dicha lengua gozaba de una gran popularidad⁶. Sin embargo, en este breve ensayo, titulado “Un filólogo habla del esperanto”, no fue del todo sincero, pues sus conocimientos e intereses por la lengua de Zamenhof eran superiores a los que él mismo manifestaba tener. En una carta de 1932 a la British Esperantist, Tolkien destacó algunas de las cualidades estéticas de aquella, tales como la individualidad, la eufonía, la coherencia y la belleza; elementos que atribuía a la originalidad del autor (Fimi 2018: 9). De igual forma, el filólogo habría examinado otros proyectos de lenguas auxiliares del siglo XX, tales como el volapük, el ido o el novial, que menciona en la carta de 1956 al “Sr. Thompson” (lector no identificado) (Tolkien 1993), así como los trabajos de Sapir, Jespersen y Bloomfield, que refiere en sus tres artículos de revisión en “Philology: General Works”, que escribió para *The Year's Work in English Studies* entre 1925 y 1927 (volúmenes 4-6).

Un año más tarde, Tolkien se retractó al reconocer que el *esperanto* era un “idioma humano, privado de los inconvenientes que se derivan de tantas cocciones sucesivas” (Tolkien 1993), argumentando así que esta era la mejor descripción de una lengua artificial que podía dar. Esta propaganda en favor del *esperanto* permitió al filólogo introducir el tema de la invención lingüística y revelar ante una audiencia de filólogos su mayor secreto. La conferencia se conservó en un manuscrito titulado “Un vicio secreto”, publicado póstumamente por su hijo⁷. En el prólogo a la obra *Los Monstruos y los Críticos y otros ensayos*, Christopher Tolkien considera este ensayo una pieza única “en el sentido de que tan solo en esta ocasión singular –según parece– apareció en público y por derecho propio el ‘mundo inventado’ ante el ‘mundo académico’” (Tolkien 1998: 7). Esto ocurrió unos seis años antes de la publicación de *El hobbit* y un cuarto de siglo antes de la de *El señor de los anillos*. En esta conferencia, el filólogo intentó darle un peso académico a su labor como creador de lenguas:

Ciertamente nada más embarazoso que la *revelación* en público de un vicio secreto. De haber querido abordar el tema directamente, tal vez podría haber calificado mi conferencia de alegato a favor del Arte Nuevo o del Nuevo Juego, eso si no fuera porque las conferencias ocasionales y dolorosas me han dado sobrados motivos para sospechar que el vicio, aunque secreto, es común; y el arte (o juego), si bien no se puede considerar nuevo, al menos ha sido descubierto por un buen número de otras personas individualmente (Tolkien 1998: 237).

Tolkien afirma que se trata de un pasatiempo “–al igual que la poesía– contrario a la conciencia y al deber”, pues “el poco tiempo que podamos dedicarle hemos de arrancarlo de las horas que dedicamos a nuestra formación, a ganarnos el sustento” (1998: 248). Su labor como inventor de lenguas siempre estuvo subordinada a su vida académica, que no fue del todo fácil. Dicha actividad no estaba bien vista entre los eruditos del momento y él temía que esto pudiera afectar a su carrera como filólogo.

En “Un vicio secreto”, Tolkien realiza un recorrido por diferentes códigos lingüísticos artificiales en los que habría colaborado. Primeramente, menciona el *animálico*, de cuya invención se desmarca, pese a confesar que conocía a la perfección este sistema. Se trata de un código de sustitución de palabras creado con la ayuda de sus primas y compuesto casi enteramente a partir de nombres ingleses de animales. En segundo lugar, alude al *nevboosh* o Nuevo Sinsentido. Este se presenta como un simple esquema lingüístico derivado asistemáticamente del inglés, del francés y del latín (Tolkien 1998: 242-244; Smith 2014: 203)⁸. Pero Tolkien también habla de la que fue su primera incursión seria en el mundo de la invención lingüística: la construcción del *naffarin*. Dicho sistema se caracteriza por presentar una gran influencia de la lengua española y del latín:

En el *naffarin* las influencias –aparte del inglés y del elemento meramente personal– provienen del latín y del español, en lo referente a la elección de los sonidos y combinaciones, y en la forma general de las palabras (Tolkien 1998: 250)⁹.

Sin embargo, aunque el filólogo parece restar importancia a este sistema al señalar que “hace mucho que fue destruido tontamente”, incluye un ejemplo en su conferencia:

O Naffarínos cutá vu navru cangor
luttos ca vúna tiéranar,

da maga tíer ce vru encá vún' farta
once ya merúta vúna maxt'a amámen

(Tolkien 1998: 250)

El lingüista afirma que esta lengua puede recordar “más que suficiente, con exactitud, y sin necesidad de modificar nada, para mi propósito actual” (Tolkien 1998: 250). Por lo que, en cierta manera, queda en entredicho si realmente habría destruido dicho material lingüístico o si, por el contrario, lo habría reutilizado para sus invenciones lingüísticas posteriores.

No obstante, antes de revelar su verdadera postura ante la creación de lenguas, Tolkien relata uno de los sucesos más impactantes de su vida: su encuentro con un hombrecillo, de su mismo oficio, en los bandos de la Primera Guerra Mundial. El filólogo confiesa cómo se mostró gratamente sorprendido al escuchar a este hombre decir, con voz un tanto soñadora, las siguientes palabras: “Sí, ¡creo que expresaré el caso acusativo por medio de un prefijo!” (Tolkien 1998: 238). Con ellas, aquella criatura excéntrica habría desvelado inesperadamente su secreto, como también él mismo estaba haciendo en aquel preciso instante. Se advierte así una estrecha conexión entre las palabras con las que Tolkien describe esa experiencia y lo que probablemente pensaba en aquella conferencia; en la que, por primera vez, se disponía a revelar su vicio secreto, el mismo que compartía con ese escondido artesano, con el que no habría vuelto a *reencontrarse* “(al menos hasta ahora)” (Tolkien 1998: 239)¹⁰. Lo describe de la siguiente forma:

Pero concluí que aquella criatura excéntrica, que en adelante se mostraría siempre tímida, tras haber revelado inadvertidamente su secreto, se regocijaba y consolaba a sí mismo entre el tedio y la suciedad del “entrenamiento bajo las carpas” por medio de la composición de un idioma, un sistema y una sinfonía personales que nadie más iba a estudiar o escuchar. Si esto lo llevó a cabo en su cabeza (como tan sólo los grandes maestros pueden hacer), o sobre el papel, nunca lo supe (Tolkien 1998: 239).

Esta fue una de las escasas ocasiones en las que Tolkien se pronunció en vida sobre sus creaciones lingüísticas. Sin embargo, en esta conferencia nos proporcionó valiosa información sobre su postura ante la invención lingüística. Tras la muerte de su esposa, Tolkien, además de proporcionar a su hijo el amasijo de textos inconclusos que se publicaron como *El Silmarillion*, también se deshizo de los manuscritos y legajos que contenían información referente a la gramática y al léxico de sus invenciones lingüísticas. Por esta razón, resulta un tanto complicado saber a ciencia cierta cuántas lenguas construyó este autor y, en consecuencia, el grado de desarrollo que logró en cada una de ellas. Entre los motivos por los que el filólogo decidió desprenderse de todo este material lingüístico, se encuentran el desprestigio de este oficio en el ámbito académico y el escaso pragmatismo. Mientras que algunos lo consideran un mero pasatiempo, otros lo asocian a un grupo de lunáticos y soñadores, aquellos que Yaguellodenomina *fous du langage* (1984), empeñados en la construcción de lenguas perfectas.

3. La invención lingüística de J. R. R. Tolkien

La invención de lenguas es el punto de partida de todo el imaginario recreado por Tolkien en sus obras. De hecho, el filólogo afirma en sus cartas que en su proceso de

creación “el nombre viene primero, y después viene la historia” (Tolkien 1993). Pues todo el ciclo mitológico que aparece en *El señor de los anillos* no es más que el deseo de dar a sus lenguas un “hogar” y criaturas que las hablasen. En este sentido, el autor defiende que “las ‘historias’ se crearon más bien para procurar un mundo para las lenguas que a la inversa” (Tolkien 1993); por lo que no resulta extraño que, además de incluir en el relato abundante material lingüístico, Tolkien confiese que:

Habría preferido escribir en “élfico”. Pero, por supuesto, una historia como *El señor de los anillos* ha sido preparada para la imprenta y he dejado en ella tanto “lenguaje” como pensé que los lectores podrían digerir. (Compruebo ahora que a muchos les hubiera gustado más). Pero hay abundante material lingüístico (además de nombres y palabras élficas) incluido en el libro o mitológicamente expresado (Tolkien 1993).

Tolkien elaboró un grupo de lenguas autoconsistentes y técnicamente convincentes, documentando incluso su origen y evolución en el mundo ficticio en el que se desarrollan. Para que estas lenguas *sobreviviesen*, su creador se encargó de darles una audiencia en un contexto de ficción literaria. No es extraño, por tanto, que en el prólogo a la segunda edición de *El señor de los anillos*, Tolkien afirme que esta obra fue principalmente de inspiración lingüística y con ella se proporcionó un fondo necesario de ‘historias’ a las lenguas élficas (1966: 7). En el mismo texto, el filólogo confiesa que no pretendía despertar interés alguno en sus lectores, sino que se adentró en la escritura de su obra por pura satisfacción personal. Así lo expresa también en la carta que envió a su hijo Christopher el 21 de febrero de 1958:

Mi largo libro es un intento de crear un mundo en el que la forma de una lengua que place a mi estética personal parezca real. Era un esfuerzo por crear una situación en la que un saludo común fuera *elen síla lúmenn’ omentieimo*, y que esa frase preexistía al libro mucho tiempo atrás (Tolkien 1993).

En una carta de 1967 a Mr. Rang, Tolkien establece toda una declaración de intenciones con respecto a su actividad como constructor de lenguas:

Debe ponerse de relieve que este proceso de invención era/es una actividad privada emprendida para darme placer a mí mismo al conferirle expresión a mi “estética” lingüística personal y sus fluctuaciones. Fue, en amplia medida, el antecedente de la composición de leyendas e “historias” en las que esas lenguas pudieran “realizarse”; y el bulto de la nomenclatura se construyó a partir de esas lenguas preexistentes, y en el caso de que los nombres resultantes tienen una significación analizable (como es habitual), estos resultan pertinentes sólo en relación con la ficción a la que se integran (Tolkien 1993).

En esta cita, destacan ciertos aspectos que nos ayudan a establecer una serie de conclusiones relevantes para entender la invención lingüística de Tolkien. Primeramente, el filólogo se esfuerza en demostrar cómo estos esquemas lingüísticos han sido generados y, por ende, destinados a la expresión de su estética personal y a la satisfacción de su placer privado. Por ello, el autor no tenía ninguna intención de que sus lenguas, ni tan siquiera el *quenya* o el *sindarin*, en las que logró un mayor grado de complejidad, trascendiesen los límites de la ficción literaria. En este sentido, se distancia de lenguas auxiliares o pretendidamente universales, como el *volapuk*

(Schleyer 1880) o el *esperanto* (Zamenhof 1887), pensadas para favorecer la comunicación internacional.

En segundo lugar, en esta carta, Tolkien se queja de las muchas conjeturas que algunos investigadores han formulado acerca de la influencia de las lenguas naturales en sus diseños lingüísticos. El autor alega que “existen suficientes pruebas de ‘construcción lingüística’ en el libro y los apéndices”; por lo que, “si es posible componer fragmentos de poemas en *quenya* y *sindarin*, esas lenguas (y sus relaciones recíprocas) deben haber alcanzado un grado de organización bastante alto”, aunque no se encuentren en absoluto acabadas. Por ello, Tolkien afirma que resulta cuando menos ocioso “comparar semejanzas casuales entre nombres constituidos de ‘lenguas élficas’ y palabras de lenguas ‘reales’ exteriores” y, más concretamente, “si se pretende que esto tenga alguna relación con la significaciones o ideas de mi historia” (Tolkien 1993). De hecho, proporciona el siguiente ejemplo:

Para tomar un caso frecuente: no existe conexión lingüística ni, por tanto, conexión de significación entre *Sauron*, forma contemporánea de una más antigua, **θaurond-*, derivada del adjetivo **θaurā* (de una base $\sqrt{\text{THAW}}$), “detestable”, y la palabra griega *σαύρα*, ‘lagarto’ (Tolkien 1993).

En esta misma carta, fechada en 1967, doce años después de la publicación de *El señor de los anillos* y más de cincuenta de sus primeros bocetos lingüísticos artificiales, Tolkien alude a su invención lingüística como un proceso en curso mediante el uso de los términos *era* y *es*. El filólogo escribe estas palabras con setenta y cinco años, seis años antes de su muerte en 1973, por lo que se demuestra cómo efectivamente dedicó casi toda su vida a la construcción de lenguas artificiales. Este hecho muestra también cómo las lenguas de Tolkien no pueden fijarse en un momento en el tiempo ni se encuentran ancladas en el contexto de ficción en el que aparecen; pues ni tan siquiera su aparición en la primera edición de *El señor de los anillos* consiguió que estas permaneciesen inmóviles, sino que, como si de lenguas vivas se tratase, se encontraban en una evolución constante. A esto se debe, por ejemplo, el cambio de *omentielmo* (‘de nuestro encuentro’) de esta primera edición en 1954 a *omentielvo* de la segunda en 1965 por las frecuentes modificaciones del sistema pronominal del *quenya* (Hostetter 2006: 235).

Estas creaciones lingüísticas son –al igual que las lenguas naturales– de naturaleza cambiante. Además, no se presentan en absoluto en su versión final, sino que son sometidas a cambios constantes que obedecen tanto a su desarrollo en la ficción (las lenguas evolucionan en función de las diferentes Edades de la Tierra Media) como a las cambiantes ideas lingüísticas de su autor, tal y como afirma Hostetter en la siguiente cita:

Por tanto, todos los escritos de Tolkien sobre sus lenguas inventadas son esencialmente una secuencia cronológica de instantáneas individuales, de mayor o menor alcance, de etapas en un proceso vital de invención y reinención de acuerdo con los cambios en su estética lingüística, y cuyo objetivo era el esfuerzo en sí mismo y no su logro. [...] Cualquier detalle de los idiomas en la cambiante concepción de Tolkien sobre estos puede haber persistido desde el principio hasta el final de ese proceso, o no haber tenido más alcance en el mismo que los bordes de la hoja de papel en que estaba escrito (con frecuencia es difícil saber cuál de

estos dos extremos es cierto en un determinado dato) (Hostetter 2006: 235) (Traducción mía)¹¹.

Uno de los rasgos característicos de la invención lingüística de este autor es “la pretensión de un desarrollo histórico” (Smith 2014: 203). Ni las palabras que componen las lenguas ni las propias lenguas permanecen aisladas, sino que se relacionan sistemáticamente entre sí mediante un conjunto subyacente de correspondencias abstractas y cambios sonoros; ambos determinados en última instancia por las propias elecciones estéticas de Tolkien (Hostetter 2007: 334). El filólogo elabora sus lenguas prestando especial atención a sus relaciones históricas y a los cambios, fonéticos, fonológicos, gramaticales o léxicos, propios de cada una de ellas. Al respecto, Smith señala el siguiente ejemplo:

Tolkien confiesa que el nombre de los elfos en *quendian* primitivo fue **kwendī*, que evoluciona en *quendi* en *quenya* y *pendi* en *telerin*. La palabra no se encuentra en *sindarin*, excepto en los compuestos *Celbin* (plural de *Calben*) y *Moerbin*, *Morbin* (plural de *Morben*) correspondientes a *Quenya Calaquendi* “Elfos de la luz” y a *Moriquendi* “Elfos oscuros” (*Jewels* 360-362). Estas correspondencias de *quendian* primitivo **kw* y *qu* en *quenya*, *p* en *telerin* y *p* en *sindarin* (que cambia a *b* en ciertos entornos, como arriba) son completamente regulares en el sistema de Tolkien, como vemos también en *quetta* en *quenya* y en *peth* en *sindarin* ‘palabra’; esta cambia en la última forma en *lasto Beth lammen* “escucha las palabras de mi lengua” de Gandalf (*FR*, II, iv, 400; Tolkien 2007c, 46). Incluso las lenguas no élficas conectan con las lenguas élficas en diferentes grados, como se muestra en el *quenya Kasar* y en el *sindarin Hadhod* ‘enano’, ambos ideados como préstamos de *Khazād* en *Khuzdu*, la lengua de los enanos (*Jewels* 387-388)(Smith 2014: 203-204) [Traducción mía]¹².

Tolkien no solo establece diferenciaciones entre sus lenguas, sino también ciertas correspondencias, creando así una especie de árbol genealógico de sus diseños lingüísticos artificiales. Para mostrar su funcionamiento, Tolkien recurre al esquema habitual de representación del parentesco de idiomas del siglo XIX; esto le permite mostrar la evolución histórica de sus lenguas y representar dialectos élficos que posiblemente no alcanzaron el mismo desarrollo que el *quenya* o el *sindarin*, pero que forman parte de su invención lingüística.

Con el fin de mostrar el desarrollo interno de sus esquemas lingüísticos, Tolkien asume los presupuestos de la gramática histórica. En líneas generales, esta comienza con una breve descripción del lugar y del tiempo que ocupa un idioma dentro de un árbol genealógico de lenguas relacionadas. A continuación, aparece una presentación de la fonología histórica de la lengua, en la que se detallan los cambios de sonido que ha experimentado dicha lengua desde una forma ancestral; para esto, a menudo se recurre a la reconstrucción comparativa con otros idiomas. El siguiente apartado se dedica a la morfología; en concreto, a cómo las palabras fueron conformadas históricamente por morfemas constituyentes o unidades de significado, y se detalla cómo las clases formales son usadas para las diferentes categorías gramaticales y funciones. Por último, puede o no aparecer una sección específica dedicada a la sintaxis. En este contexto, destacamos cómo las tentativas de Tolkien por describir –inventar– sus lenguas se enmarcan en esta forma tradicional; algo que no resulta del todo extraño si tenemos en

cuenta que su formación lingüística y filológica se debe en parte a clásicos como *A primer of the Gothic Primer* de Wright y *A Welsh Grammar, Historical and Comparative* de Morris-Jones.

El interés intelectual y estético de Tolkien por sus lenguas y los mundos creados no se encuentra en lo superficial y en lo sincrónico, sino en la transformación interna de sus lenguas en las distintas etapas de la historia de la Tierra Media. El filólogo considera que el *hipotético* pasado de sus lenguas es esencial “tanto para la satisfactoria construcción de la forma de las palabras como para crear una sensación de coherencia y unidad del conjunto” (Tolkien 1998: 251). Con esta idea, Tolkien elaboró una serie de versiones de las gramáticas históricas de sus lenguas, en las que se advierte un gusto especial por la configuración de la fonología. Como complemento, el lingüista incorporó un inventario léxico de algunas de sus lenguas inventadas. La información se ha conservado en varias publicaciones del autor (1995, 2003a, 2009, 2010) y en algunos diccionarios como el “Gnomish lexicon” de 1917 (Tolkien 1995) y el “Quenya lexicon” de 1915 (Tolkien 2003b). Así mismo, uno de los recursos más importantes para el estudio del vocabulario élfico es un diccionario etimológico de finales de 1930, titulado “The Etymologies” que contiene ejemplos de doce lenguas diferentes (editado por Christopher Tolkien en 1999).

En suma, el diseño de estas lenguas obedece al gusto e inquietudes de Tolkien en materia lingüística. Aunque el filólogo no se pronunciase explícitamente sobre sus intereses para con sus lenguas inventadas (Alonso 2010: 5), en algunas de sus afirmaciones se advierte cómo no compartía la teoría de la lingüística moderna, que defendía la función puramente comunicativa del lenguaje:

El factor comunicativo ha tenido un papel predominante en el desarrollo del idioma; pero el factor más individual y personal –el placer por el sonido articulado, así como su empleo simbólico, independientemente de la comunicación aunque en constante interrelación con él– no se debe perder de vista ni en un momento (Tolkien 1998: 249).

El *sound symbolism* o ‘sonido simbólico’, que tanto ha dividido a la crítica tolkieniana (cfr. Hyde 1987; Smith 2007; Fimi 2008; Alonso 2010), adquiere el mismo estatus que el factor comunicativo en la configuración de las lenguas de Tolkien. Para este, el proceso creativo se encuentra determinado por la singularidad artística de cada individuo; de hecho, Tolkien compara a los creadores de lenguas con aquellos

[...] numerosísimos genios anónimos que han inventado los hábiles retazos de maquinaria de nuestros idiomas tradicionales, para uso (y con demasiada frecuencia, para la mala comprensión y el abuso) de sus compañeros menos diestros (Tolkien 1998: 253).

La originalidad de Tolkien no solo reside en el proceso de creación lingüística, sino también en la capacidad para desarrollar todo un imaginario literario a través del poder evocador de las palabras. El filólogo defiende que “la lengua es lo más importante”, pero que “la historia tiene que contarse y el diálogo debe mantener en una lengua” (Tolkien 1993). A este respecto, advierte que “para la perfecta construcción de un idioma como arte se hace necesario levantar al menos un esbozo de una mitología concomitante” (Tolkien 1998: 251).

Para referirse a la “elaboración de mitos”, el autor emplea el término *mitopoeia*, que aparece en el título de un poema en *Árbol y hoja* (1930). Del mismo modo, acuña la forma *glossopoeia* para designar la labor en la “creación de lenguas”. En su obra, ambos procesos se encuentran indisolublemente unidos, hasta el punto de que una simple palabra sirve a Tolkien para desarrollar toda una historia. Y aunque defiende que la invención lingüística es un arte *per se*, entiende que “la elaboración de una lengua y una mitología son funciones relacionadas”. Esta unión debe entenderse como “coetánea y congénita”, “no relacionada como lo están la enfermedad y la salud, o como un derivado respecto de la manufactura principal” (Tolkien 1998: 261).

La creación de mitos y la invención lingüística comienzan como líneas separadas de expresión artística en la juventud de Tolkien; sin embargo, el autor considera que sus lenguas requieren un ambiente y una historia en los que poder desarrollarse. Por ello, Tolkien escribe la obra cumbre de la literatura fantástica como si de un experimento filológico se tratase. En consecuencia, *El señor de los anillos* y el resto de cuentos y relatos se convierten en la excusa perfecta para dotar a Inglaterra de una mitología y, por supuesto, para dar vida a sus invenciones lingüísticas.

4. Tolkien y la experimentación lingüística en el siglo XX

Las primeras décadas del siglo XX constituyen un fructífero periodo para la experimentación lingüística por diferentes razones. Por un lado, numerosos eruditos construyen lenguas *a posteriori* con objeto de facilitar la comunicación entre naciones. Hasta este momento, dichos proyectos habían sido obra de intelectuales y entusiastas, no necesariamente lingüistas, como el sacerdote Schleyer o el oftalmólogo Zamenhof (recuérdese, autores del *volapük* y del *esperanto*, respectivamente). Sin embargo, el estudio de las lenguas artificiales trasciende del ámbito filosófico al filológico en estos años, en los que también dominaban las investigaciones comparativas sobre la familia de lenguas indoeuropeas. Lingüistas como Otto Jespersen, Edward Sapir o Leonard Bloomfield también se interesaron por el movimiento de creación de lenguas auxiliares, formulando incluso sus propuestas para el diseño de una LIA (Lengua Internacional Auxiliar). Por otro lado, fue en estas primeras décadas cuando se desarrollaron los movimientos literarios conocidos como Modernismo y las Vanguardias, que albergan una amplia nómina de autores interesados en la experimentación con el lenguaje. Entre ellos, conviene destacar los nombres de James Joyce y Gertrude Stein, dado que ambos aparecen citados entre el amasijo de textos escritos por el profesor J. R. R. Tolkien. El interés en la especulación con el lenguaje de estos y otros autores de ambos movimientos literarios responde a una motivación meramente artística.

En consecuencia, encontramos dos posturas claramente diferenciadas por su énfasis en la lengua como elemento comunicativo en el primer caso frente a la visión del lenguaje como arte en el segundo. Fimi (2018: 22) asegura que la ideología en favor de una LIA se distingue de los movimientos literarios en varios aspectos, como son la restricción en la invención lingüística de los primeros frente al exceso en la experimentación con el lenguaje de los segundos o en su aspiración a la objetividad frente a un afán por la subjetividad. Todo ello se traduce en una dicotomía mayor: la creación una nueva lengua por parte de los defensores de una LIA en contraposición a la tendencia rupturista de los autores literarios. En este contexto académico, Tolkien desarrolló sus estudios sobre lenguas antiguas y elaboró sus diseños lingüísticos. Conocedor de ambas

corrientes, adoptó una postura intermedia entre ambos enfoques y se decantó por una tercera vía para sus invenciones lingüísticas.

El filólogo consideró la creación lingüística un arte, al que denominó “Arte Nuevo” o “Nuevo Juego”, destinado a procurar una satisfacción personal y privada, sin la necesidad de un público. Para definir esta postura, Adams (2011: 9) propone el término “competencia poética”, que se refiere al “innato impulso creativo en la forma en que crean y usan el lenguaje”, basándose en los términos de “competencia lingüística” de Chomsky (habilidad innata de los humanos para aprender la lengua) y de “competencia comunicativa” de Hymes (habilidad innata para usar una lengua en los asuntos humanos). Pero el simple placer proporcionado por la invención lingüística no era suficiente para Tolkien, ya que este ideó todo un universo imaginario con el fin de dotar a sus lenguas de sujetos que las hablasen. Por tanto, lenguas como el *quenya* y el *sindarin* no solo representan los ideales de belleza lingüística en el imaginario de Tolkien, sino que también constituyen instrumentos de comunicación en la cultura en la que se incluyen dentro de su *legendarium*. Con todo, aunque Tolkien construyó sus lenguas con una motivación lingüística, estas desempeñan funciones comunicativas dentro del contexto de ficción que se recrea en sus obras literarias. De esta forma, sus primeros bocetos lingüísticos alcanzaron un mayor grado de complejidad en sus versiones más tardías, constituyendo todos y cada uno de ellos, con sus cambios y excepciones, el espejo en el que se reflejan las cambiantes ideas lingüísticas de un apasionado del lenguaje.

Referencias bibliográficas

- Adams, Michael, ed. 2011. *From elvish to klingon. Exploring invented languages*. Nueva York: Oxford University Press.
- Alonso de la Fuente, José Andrés. 2010. Tolkien como filólogo y lingüista. *Estel* 68: 2-8.
- Carpenter, Humphrey. 2002. *J. R. R. Tolkien: una biografía*. Barcelona: Planeta.
- Day, David. 2003. *The World of Tolkien*. Londres: Octopus Publishing Group.
- Ferrández, José Manuel. 2013. *La Conexión Española de J. R. R. Tolkien. El “Tío Curro”*. Astorga: CSED.
- Fimi, Dimitra. 2008. *Tolkien, Race and Cultural History: From Fairies to Hobbits*. Londres: Palgrave Macmillan.
- Fimi, Dimitra. 2018. Language as Communication vs. Language as Art: J. R. R. Tolkien and early 20th-century radical linguistic experimentation. *Journal of Tolkien Research* 5.1/2: 1-28.
- Fimi, Dimitra; Higgins, Andrew, eds. 2016. *J. R. R. Tolkien. A secret vice. Tolkien on invented languages*. Londres: HarperCollins.
- Flieger, Verlyn. 2002 [1983]. *Splintered Light. Logos and Language in Tolkien's World*. Kent, Ohio: The Kent State University Press.

- Hostetter, Carl F. 2006. Elvish as She Is Spoke. En W. G. Hammond y C. Scull, eds. *The Lord of the Rings 1954-2004: Scholarship in Honor of Richard E. Blackwelder*. Milwaukee, Wisconsin: Marquette University Press, pp. 231-255.
- Hostetter, F. Carl. 2007. Invented languages by Tolkien. En M. C. D. Drout, ed. *J.R.R. Tolkien Encyclopedia: Scholarship and Critical Assessment*. Nueva York: Routledge Taylor and Francis Group, pp. 332-344.
- Hyde, Paul. 1987. Quenti Lambardillion. A Column on Middle-Earth Linguistics. *Mythlore* 14: 57-64.
- Kulermann, Benedikt. 2012. Entre creación y subcreación: reflexiones sobre el trasfondo teológico y filosófico en *el Silmarillion* de J.R.R. Tolkien. *Verbo: Revista de formación cívica y de acción cultural, según el derecho natural y cristiano* 507-508: 567-578.
- Olivera, Daniel M. 2015. El arte élfico de la lingüística. Tolkien y su relación con el lenguaje y las lenguas artificiales. *Estel* 84: 51-66.
- Shippeys, Tom. 2000. *J. R. R. Tolkien: Author of the Century*. Londres: HarperCollins.
- Smith, Ross. 2007. *Inside Language. Linguistic and Aesthetic Theory in Tolkien*. Zurich y Berna: Walking Tree Publishers.
- Smith, Ross. 2014. Invented Languages and Writing Systems. En L. D. Stuart, ed. *A Companion to J. R. R. Tolkien*. John Wiley & Sons, pp. 202-214.
- Tolkien, Christopher, ed. 1998. *Los monstruos y los críticos y otros ensayos*. Barcelona: Minotauro.
- Tolkien, John R. R. 1966. *The Lord of the Rings*. Aylesbury: George Allen & Unwin.
- Tolkien, John R. R. 1977. *El señor de los anillos. La comunidad del anillo*. (L. Domenech, tr.). Buenos Aires: Minotauro.
- Tolkien, John R. R. 1987. *El señor de los anillos. Apéndices*. (R. Masera, tr.). Barcelona, Minotauro.
- Tolkien, J. R. R. 1993 [1981]. *Las cartas de J. R. R. Tolkien*. (R. Masera, tr.). Barcelona: Minotauro.
- Tolkien, John R. R. 1995. I-Lam na-Ngoldathon: The Grammar and Lexicon of the Gnomish Tongue. *Parma Eldalamberon* 11: 1-76.
- Tolkien, John R. R. 1998. Un vicio secreto. En Ch. Tolkien, ed. *Los monstruos y los críticos y otros ensayos*. Barcelona: Minotauro, pp. 235-263.
- Tolkien, John R. R. 2003a. Early Quenya Grammar. *Parma Eldalamberon* 14: 35-86.
- Tolkien, John R. R. 2003b. *Qenyaqetsa: The Quenya Phonology and Lexicon*. *Parma Eldalamberon* 12: x-xi.
- Tolkien, John R. R. 2009. *El Silmarillion*. Barcelona: Booket.
- Tolkien, John R. R. 2010. Quenya Phonology: Comparative Tables, Outline of Phonetic Development, Outline of Phonology. *Parma Eldalamberon* 19:1-108.
- Yaguello, Marina. 1984. *Les fous du langage*. Paris: Seuil.

Notas

- ¹ Para crear la Tierra Media, Tolkien se sirvió de una gran variedad de recursos mitológicos, históricos, literarios, lingüísticos, personales y geográficos. Entre sus fuentes de inspiración, se encuentra *Beowulf* y otras historias anglosajonas; relatos celtas; mitología nórdica (por ejemplo, el dios Odín es un acicate para el dios de los Anillos y para el mago Gandalf); mitos artúricos, islandeses y teutónicos; historias bíblicas; mitología griega y romana; mitos tibetanos; y el mito de la Atlántida. Sus relatos también muestran ciertas reminiscencias de fuentes históricas. Por ejemplo, los reinos de Andor y Gondor nos recuerdan a los reinos divididos de Roma y Bizancio; además, Carlomagno intentó reunir a toda Europa en el Imperio Carolingio al igual que Aragorn trató de agrupar a los pueblos dúnedain. Finalmente, como influencias literarias, destacamos algunas como la *Canción del Roldán*, obra maestra de la literatura medieval que inspira la última aparición de Boromir en su batalla contra los orcos de Aman Hen. Para una mayor información sobre este asunto, véase *El Mundo de Tolkien* (2003) de David Day.
- ² La fecha de composición de *El hobbit* ha sido objeto de debate por parte de la crítica. Según Livingston “John D. Rateliff has amassed considerable evidence from Tolkien to conclude ‘with some confidence that the story was indeed begun in the summer of 1930 and completed in January 1933’, but the timeline nevertheless remains uncertain” (2012: 129).
- ³ Entre los años 1908-1909 en la King Edward’s School, Tolkien se dedicó al estudio del gótico gracias a la obra *Primer of the Gothic Language* de Joseph Wright. Con esta, no solo se inició en la investigación de la filología histórica moderna, sino también en el estudio de una lengua por puro amor. A lo que añade: “por el intenso placer estético derivado de una lengua por sí misma, no solo despojada de su utilidad sino del hecho de ser el ‘vehículo de una literatura’” (Tolkien 1993; Tolkien 2003a: x-xi).
- ⁴ La fascinación de Tolkien por el galés surge cuando era tan solo un niño, ya que le apasionaba contemplar los nombres galeses en los camiones cargados de carbón. Sin embargo, cuando pedía información sobre esta lengua, “la gente solo me daba libros incomprensibles para un niño”. Por este motivo, tardó algunos años más en iniciarse en el estudio del galés, una lengua en la que él encontraba “un constante deleite, tanto lingüístico como estético” (Tolkien 1993) Con respecto al finlandés, el autor escribe en la carta 163 a W. H. Auden: “Después del gótico, lo más importante fue el descubrimiento en la biblioteca del Exeter College de una gramática finlandesa. Fue como el descubrimiento de una entera bodega llena del vino más asombroso, de una especie y un sabor nunca degustados antes. Me intoxicó por completo; y abandoné el intento de inventar una lengua germánica “no registrada”, y mi “propia lengua” –o series de lenguas inventadas– se volvió densamente finlandesa, tanto en su estructura como en su fonética” (Tolkien 1993).
- ⁵ No son pocos los autores que hablan de “pasatiempo” al referirse a la actividad lingüística de Tolkien. Sin embargo, no resulta del todo convincente el empleo de dicho término para referirse a una actividad a la que Tolkien dedicó buena parte de su vida. Si las lenguas son, como su propio autor indica, el germen de todo el ciclo mitológico en el que se basan sus obras, no podemos considerar que sea un mero pasatiempo.
- ⁶ Tolkien conocía el esperanto, pero también otros de los muchos proyectos de lenguas auxiliares construidos durante principios del siglo XX, como el Volapük, el Ido y el Novial, que menciona en su carta de 1956 (Tolkien 1993). Sin embargo, en una carta a la British Esperantist en 1932, Tolkien destacó algunas de las cualidades estéticas de la lengua de Zamenhof; en entre ellas, aludió a la individualidad, la eufonía, la coherencia y la belleza, elementos, según Tolkien, atribuidos a la originalidad del autor (Fimi 2018: 9). Tolkien conocía a la perfección los trabajos de Sapir, Jespersen y Bloomfield, como refiere en sus tres artículos de revisión en “Philology: General Works”, que escribió para *The Year’s Work in English Studies*, volúmenes 4-6 (1925-1927).
- ⁷ El título *Un vicio secreto* fue aprobado por Christopher Tolkien. El título originario del manuscrito es *Un pasatiempo hogareño* (con una nota posterior: “En otras palabras: idiomas hechos en casa o inventados”). Sin embargo, en una carta de 1967, Tolkien hace referencia a su ensayo con este título: “El pasatiempo de inventar idiomas es muy común entre los niños (una vez escribí un estudio sobre eso, titulado *Un vicio secreto*)” (Tolkien 1993). De *Un vicio secreto* existe un único manuscrito, sin fecha ni indicación alguna

de la ocasión para la que fue preparado; pero resulta evidente que el auditorio era una sociedad filológica, y el congreso de esperanto en Oxford al que se hace referencia al principio del ensayo como ocurrido “hace más o menos un año” tuvo lugar en julio de 1930. Así que podemos fijar la fecha en 1931 (Tolkien 1998: 10).

- ⁸ El “nevbosh” (literalmente, ‘nuevo disparate’) fue el primer idioma construido al que Tolkien contribuyó, junto con su prima Mary Incledon, después de que Marjorie, la hermana de esta, perdiera el interés por las lenguas construidas tras su juego con el animálico. En “Un vicio secreto”, además de señalar que se trataba de un “juego idiomático” cuya pretensión no era otra que la “comunicación limitada”, Tolkien asevera que participó en la creación del vocabulario, además de intentar modificar y ordenar la ortografía. Con esto, “quedó como algo utilizable, que es lo que se pretendía por fuera”. En esa preocupación de Tolkien por la audiencia de este tipo de lenguas, señala que él mismo fue “miembro del mundo nevbosh-parlante” (Tolkien 1988: 242).
- ⁹ La influencia del español en las lenguas de Tolkien proviene de su pasión por la lengua y la cultura hispánica. Tras la muerte de su madre en 1904, Tolkien quedó a cargo del padre Francis Morgan. Gracias a este sacerdote andaluz, Tolkien aprendió español y tuvo acceso a los libros en esta lengua que se albergaban en la biblioteca de Morgan. La relación que el filólogo mantuvo con este sacerdote no ha pasado desapercibida entre algunos críticos, como J. M. Ferrández. Este destaca, entre otros aspectos, la importancia de las obras de Fernán Caballero, pseudónimo de la escritora Cecilia Böhl de Faber, familia del sacerdote, en *El hobbit y El señor de los anillos* (cfr. Ferrández 2013).
- ¹⁰ El hecho de que Tolkien relate su encuentro con aquel hombrecillo justo antes de revelar su secreto y, sobre todo, de que muestre esa identificación con el sentimiento de este sujeto justo después de revelar su vicio secreto, se convierte en un aliciente para creer que ese hombre era en realidad su *alterego*. En suma, concluimos que esta breve historia sobre el hombrecillo de la guerra es en realidad un recurso empleado por Tolkien para revelar su actividad como creador de lenguas. Evita así el mostrar abiertamente sus sentimientos, y lo hace a través de otra figura con la que se siente plenamente identificado.
- ¹¹ Texto original: “All of the writings concerning his invented languages that Tolkien left behind are, then, essentially a chronological sequence of individual snapshots, of greater or lesser scope, of stages in a lifelong process of invention and reinvention in accordance with changes in Tolkien’s linguistic aesthetic, and of which the endeavor itself and not its achievement was the purpose. [...] any detail of the languages at any point in Tolkien’s shifting conception of them may have persisted from the beginning to the end of that process, or have had no more extent in that process than the edges of the sheet of paper it was written on (with often enough no way to tell which of these two extremes is true of any given detail)” (Hostetter 2006: 235).
- ¹² Texto original: “Tolkien tells us that the Primitive *Quendian* name of the Elves was **kwendī*, which developed into *Quendi* in *Quenya* and *Pendi* in *Telerin*. The word was not found in *Sindarin*, except in the compounds *Celbin* (plural of *Calben*) and *Moerbin*, *Morbin* (plural of *Morben*) corresponding to *QuenyaKalaquendi* “Light-elves” and *Moriquendi* “Dark-elves” (*Jewels* 360-362). These correspondences of Primitive *Quendian* **kw* to *Quenyaqu*, *Telerinp*, and *Sindarinp* (mutated to *b* in certain environments, as above) are completely regular within Tolkien’s system, as we see also in *Quenyaquetta* and *Sindarin peth* “word”, the latter appearing in mutated form in Gandalf’s *lasto beth lammen* “listen to the words of my tongue” (*FR*, II, iv, 400; Tolkien, 2007c, 46). Even the non-Elvish languages connect with the Elvish tongues to varying degrees, as shown by *QuenyaKasar* and *SindarinHadhod* “Dwarf”, both of which Tolkien devised as loanwords from the Dwarves own name for themselves in *Khuzdul*, *Khazād*” (*Jewels* 387-388) (Smith 2014: 203-204).